

por la hermana muerta, se hacía más agria la discordia entre Calígula y las hermanas vivas. Julia Sivila es desterrada en el 38; Agripina, la mujer de Domicio Enabardo, en el 39; porque habían, según se dice, conjurado contra el emperador; y alrededor de estos días, la venerable Antonia muere obligada —se vociferó— por Calígula a suicidarse. Es imposible decir lo que pueda haber de cierto en estas patrañas; pero sí puede afirmarse con seguridad que ya no podía nadie vivir en el palacio imperial con este loco, que confundía a Roma con Alejandría, y que quería casarse con una hermana. También Tiberio, el hijo de Druso, coheredero con Calígula, es tragado, por este tiempo, por un oscuro proceso y desaparece.

Quedó solo Calígula en Roma, representando en el palacio imperial a la familia que, por ironía, debía considerarse como la más afortunada del imperio. De las tres generaciones, a las que la suerte parecía haber hecho donación abundante de todos los bienes de la vida, no sobrevivía más que Claudio, el viejo estúpido, cimbel de siervos y libertos, al que no molestaba nadie porque todos podían mofarse de él. ¡Un loco y un imbécil: he aquí los supervivientes de la familia de Augusto, setenta años después de la batalla de Azio! Solo, no pudiendo elevar a una hermana a los honores del Olimpo monárquico, Calígula fué obligado a buscar mujer en las fa-

milias de la aristocracia. Pero parece que ni aun allí había abundancia de mujeres capaces de hacer compañía a un dios tan caprichoso. En tres años desposó y repudió a Livia Orestilla, la primera; a Lolía Paulina, la segunda; a Milonia Cesonia, la tercera; figuras sin relieve, sombras y apariencias de emperadoras; ninguna de las cuales tuvo ni siquiera el tiempo de ocupar el altísimo puesto. En vano el pueblo esperó que compareciese en el palacio imperial la digna continuadora de Livia; Calígula, como todos los locos, era un solitario; no podía vivir con otros seres humanos; sólo se entregaba a sus delirios, cada vez más extraños y violentos. A la sazón quería imponer, sin rodeos, el culto de su persona a todo el imperio, sin preocuparse de tradiciones y supersticiones locales, violentando los sentimientos de Italia, que detestaba este culto a un vivo, por considerarlo como una adulación oriental, tanto por lo menos como al culto de los hebreos, horrorizados por la idolatría. En todas las partes del imperio nacieron dificultades, disgustos, motines; las extravagancias, los gastos locos, los placeres desordenados, la crueldad de Calígula, aumentaron el descontento y el disgusto. Cierto que Calígula ha sido pintado con negrísimas tintas y que su crueldad y violencia han sido exageradas por los escritores antiguos; pero no es menos cierto, sin embargo, que su gobierno, en los dos últimos años, dege-

neró en una tiranía irreflexiva, improcedente, violenta y cruel. Un día se apercibió Roma de que la familia en la que la república y el imperio se apagaban, como en una columna, se extinguía; de que en el palacio imperial, vacío de mujeres, vacío de jóvenes, vacío de esperanzas, desatinaba, último superviviente, un loco de treinta y un años que cambiaba de mujer cada seis meses, prodigaba locamente el dinero y la sangre de las súbditos y no pensaba más que en hacerse adorar por todo el imperio como un dios en carne y hueso. En el mismo palacio se urdió una conjura, y Calígula fué muerto.

## II

La noticia dejó perplejo al Senado. ¿Qué hacer? La mayoría se inclinaba a restaurar el antiguo gobierno republicano, aboliendo la autoridad imperial y restituyendo al Senado el timón de la República, que poco a poco había pasado a manos del emperador. Pero muchos temían que este retroceso a lo antiguo no fuera ni fácil ni sin peligros. ¿Lograría el Senado, tan indolente, tan discordante, tan decadente, gobernar el inmenso imperio? ¿Respetarían las legiones su autoridad? De esto dependía todo, y el punto era dudoso. Tampoco era mucho más fácil encontrar un emperador si un emperador era en-

tonces, como muchos temían, necesario. De la familia de Augusto el único superviviente era Claudio, demasiado imbécil y ridículo para que pudiera pensarse en hacerlo jefe del imperio. Parece ser que algunos senadores eminentes adelantaron su propia candidatura; pero ¿qué podría hacer un nuevo emperador desconocido de las legiones y de las provincias, sin el apoyo de la gloria de sus antepasados, cuando la autoridad de los miembros de la familia de Augusto era tan incierta, tan discutida, tan profundamente minada? Mientras el Senado se debatía en esta perplejidad, los pretorianos sacaron a Claudio de un rincón del palacio imperial, en el que se había escondido temeroso de que también a él quisieran matarle, y reconociendo en él al hermano de Germánico, al hijo de Druso, del héroe venerado en los campamentos, lo aclamaron emperador. Un acto de voluntad vence fácilmente mil escrúpulos e incertidumbres; el Senado cedió a las legiones y reconoció como emperador a Claudio el imbécil.

Pero Claudio no era imbécil como parecía a los más. Era, por el contrario, un hombre logrado a medias, en el que la inteligencia se había desarrollado mucho; pero el carácter permaneció infantil, asustadizo, caprichoso, impulsivo, atolondrado. Amaba las estudios, la historia, las letras, la arqueología (Tito Livio había sido su maestro); era, más que culto, francamente erudi-

to, y hablaba y escribía bien; pero Augusto tuvo que renunciar a hacer de él un magistrado o un senador, porque no había conseguido adquirir, no ya firmeza y voluntad, sino ni siquiera la aparente dignidad de maneras y porte necesarios para gobernar a los hombres. Medrosísimo, crédulo sugestionable y encima obstinado, glotón y sensual, se había convertido este muchachote erudito, en el palacio imperial, en una especie de hazmerreir de todos, máxime de sus esclavos, que, conociendo sus defectos y debilidades, hacían de él lo que querían. No le faltaba inteligencia para gobernar, pero carecía totalmente de temple; era inteligente y parecía estúpido; sabía apreciar las grandes cuestiones de la política, de la guerra, de las finanzas, con miras amplias, con original y agudo espíritu, pero no conseguía que lo tomaran en serio las personas que lo rodeaban, ni que lo obedecieran la mujer y los libertos. Tenía ingenio suficiente para gobernar el imperio tan bien como Augusto y Tiberio; pero perdía la cabeza a la primer fábula de conjura que sus familiares, fingiéndose espantados, le contasen.

Un hombre de esta condición había de resultar un bien singular emperador; grande y ridículo al mismo tiempo. Hizo leyes importantes, obras públicas gigantescas, conquistas de gran importancia (la de la Britania, por ejemplo), pero fué un marido tan débil e imbécil, que con sus

debilidades conyugales estropeó su hermosa y sabia labor de gobierno, máxime en los primeros años de su gobierno, o sea mientras vivió Valeria Mesalina. Preciso es reconocer que no estuvo afortunado, ya que la suerte le había dado una mujer que, a despecho de su ilustre origen—pertenecía a una de las más grandes familias de Roma, emparentadas con la familia de Augusto—, no era, precisamente, la mujer que él necesitaba. El nombre de Mesalina suena en todo el mundo a desenfrenada lascivia; exageraciones, como de costumbre, del odio que no dió tregua a la familia de Augusto, mientras vivió uno de los suyos; ya que muchas de las infamias que se le atribuyen son fábulas manifiestas, narradas con complacencia por Tácito y Suetonio, y creídas fácilmente por la posteridad. Es, por el contrario, cierto que Mesalina era una mujer bella, caprichosa, ligera, prepotente, despreocupada, rumbosa, avidísima de dinero y pródiga, que no había tenido nunca escrúpulos de abusar de la debilidad del marido; una mujer, en suma, poco virtuosa y seria; pero no un monstruo. Todas las épocas y todos los estados han conocido mujeres cortadas por este patrón, y a ninguno le ha pasado por la imaginación calificarlas de monstruos; siendo consideradas de ordinario por todos como una variedad del sexo femenino muy agradable, aunque un poco peligrosa, que necesita para vivir sin hacer mucho

daño de un hombre que las domine con discreción y firmeza. Faltando esta mano vigorosa, no era Mesalina mujer para comprender que, si había podido abusar impunemente de la debilidad de Claudio, mientras había sido el más oscuro entre los miembros de la familia imperial, sería peligrosísimo continuar abusando después que éste se había convertido en jefe del imperio; al contrario, abusó más que antes, y de este error nacieron todas las desdichas. Empezó desencadenando nuevas discordias en la familia imperial. Claudio había llamado a Roma a sus dos sobrinas Agripina y Julia Sivila, víctimas de los caprichos egipcios de Calígula, que si no encontraron ya en Roma al hermano para perseguirlas, encontraron a la tía, y no ganaron mucho con el cambio. Se inquietó mucho Mesalina de la influencia que las dos hermanas adquirían sobre el ánimo del débil tío, y no se tardó mucho que Julia Sivila fuese acusada de haber violado la *lex adulteriis* y desterrada con Séneca, el famoso filósofo, al que, con razón o sin ella, se empeñaron en hacer pasar como su amante. Agripina no pudo—y ésta es la mejor prueba de que era, como su madre, una mujer virtuosa—ser herida con iguales armas, y quedó en Roma; pero teniendo que estar siempre alerta y ser tanto más prudente cuanto que, siendo viuda, no podía contar ni siquiera con la protección del marido. Si Agripina pudo permanecer en Roma,

fué aislada y reducida a la impotencia. Mesalina, sola, de acuerdo con cuatro o cinco libertos sin escrúpulos, rodeó a Claudio y gobernó con ellos. ¡Gobierno de increíble dilapidación y rapiña! Pues aunque entre estos libertos había hombres, como Narciso y Palate, inteligentes y avisados que, sin perjuicio de sus robos de mucho dinero, ayudaban a Claudio a bien gobernar el imperio, Mesalina no pensaba más que en hacer dinero para prodigarlo en lujos y placeres. Así se vió a la mujer del *princeps* vender su intercesión a los soberanos aliados y vasallos, a los ricos personajes del imperio que deseaban obtener algún favor de la autoridad imperial; entenderse con los contratistas de obras públicas; inmiscuirse en las cuentas del Estado siempre que hubiera ocasión de hacer dinero; y con el dinero logrado de esta forma, acuchillar todos los días la *lex sumptuaria* y hacer burla de la virtud femenina en una vida de desordenados placeres. Claudio o ignoraba o soportaba.

En cambio el público murmuraba. Si los que se aprovechaban de sus disipaciones admiraban mucho a Mesalina, el pueblo empezaba pronto a protestar. Fieles todavía a la tradición Roma e Italia querían al lado del emperador una segunda Livia, un ejemplo de todas las más bellas virtudes de la antigua matrona y no una Bacante—que debía de haber sido, como tantas otras mujeres de Roma infieles a sus maridos, conde-

nada a destierro—, que deshonraba y ponía en ridículo con la impunidad la autoridad imperial. La multitud veneraba en el emperador a un magistrado casi sagrado, encargado de mantener, con las leyes y con el ejemplo, la pureza en las familias, la fe en los matrimonios, la sencillez en las costumbres, y he aquí instaladas, para escándalo de las personas de bien, jen el palacio del emperador, a su lado, en la persona de la emperatriz, todas las disipaciones, corrupciones y perversiones de la mujer que quiere vivir únicamente para sus placeres, para gozar y hacer gozar de su belleza! Un emperador que fuera marido débil, era un escándalo, ya que el buen sentido popular no admitía que pudiera gobernar un imperio quien no sabía mandar a una mujer.

Bien pronto fué opinión de todas las personas sensatas que Mesalina, en el puesto de Livia, sobre el Palatino, y con un marido tan débil, era un peligro público. Mas no hubiera sido tampoco cosa fácil, aun queriéndolo el emperador, alcanzar a la esposa como reo de infidelidad y desobediencia a una de las grandes leyes de Augusto; porque si Calígula, que estaba loco, había podido divorciarse tres veces, un emperador más discreto había de pensarlo bien, antes de hacer públicos los escándalos y la vergüenza de la familia en presencia de aquella aristocracia tan pronta a la calumnia y a la sospecha. Pero

la dificultad era efectivamente invencible cuando el emperador no veía o no quería ver las culpas de su mujer. ¿Quién se atrevería a acusarla en su lugar?

Gobernado con inteligencia, pero desordenadamente y entre infinitas contradicciones, oscilaciones y debilidades, el Estado se fortalecía en parte y en parte se disolvía; la prepotencia y las rapiñas de los libertos exasperaban al público. Mesalina, por lo que hacía y por lo que se contaba, era un escándalo público, tanto más insoportable cuanto que no tenía remedio. Roma se apercibía por primera vez de que una emperatriz era invulnerable y que, una vez instalada en el Palatino, ¡ay de aquélla si era una Mesalina en lugar de una Livia! Si el emperador no quería intervenir, no había medio de protestar contra sus abusos del poder. Exasperado el público, desfogó también sobre Claudio su cólera por los desórdenes de Mesalina. Fueron achacados también a su debilidad los malos hábitos de su mujer; las intrigas, atentados, conjuras, proyectos de guerra civil, eran en Roma, como dice Suetonio, cosas de todos los días. La debilidad del emperador difundía en todo el Estado la inseguridad y la duda. Todas las mañanas se preguntaban todos cuánto duraría este gobierno, si la conjura de unos cuantos o una revuelta de las legiones no lo derribaba antes de la noche. La sospecha, la desconfianza, el miedo, domina-

ban en el ánimo de todos, y muchos pensaban que, puesto que Claudio no era capaz de librar al imperio de Mesalina, sería preciso librar al imperio de Claudio.

Por espacio de seis años fué Mesalina la debilidad de un gobierno que, sin embargo, tenía altos méritos y hacía grandes cosas. Por causa de su mujer, Claudio, que fué, sin duda, el emperador más amenazado de toda la familia de Augusto, vivió en continuo peligro. Pero las cosas no podían quedar así en suspenso y en equilibrio por mucho tiempo. Y, en efecto, se precipitaron en un escándalo que, tal y como ha sido contado por Suetonio y por Tácito, sería, en verdad, el más monstruoso desorden que haya podido enfurecer la imaginación de una mujer pervertida por el poder. Narran estos escritores que Mesalina, no sabiendo ya qué nueva extravagancia inventar, pensó un buen día desposar a Silio, joven muy amado por ella, que pertenecía a una gran familia y que era cónsul designado, y en efecto lo desposó, en Roma, con los más solemnes ritos religiosos, mientras Claudio se encontraba en Ostia, por el malvado placer de enlodar públicamente de bigamia los sagrados ritos nupciales. ¿Pero es esto creíble, si no se admite, al menos, que Mesalina había enloquecido de repente? ¿Por qué razón, con qué fin cometer un tan enorme sacrilegio que ofendía el sentimiento popular en sus más sensibles

fibras? Mesalina era disoluta, cruel, ávida; pero no estaba loca, y de querer admitir que estuviera loca, ¿hemos de creer que también lo estuvieran los que le prestaron apoyo? Suponer que obraron por miedo, es difícil: la mujer del *princeps* no tenía ningún poder para obligar a conspicuos personajes a cometer un sacrilegio en público.

Este episodio sería, ciertamente, un acertijo insoluble si Suetonio no nos diera, por casualidad, la clave para resolverlo: «*Nam illud omnem fidem excesserit, quod pruptiis, quas Mesalina cum adulterio Silio facerat, tabellas dotis et ipse consignaverit.*» «Lo que nadie juzgará creíble es que él mismo firmara los títulos de la dote en las bodas de Mesalina con Silio.» Claudio sabía, pues, que el matrimonio de Mesalina con Silio había de realizarse, puesto que él mismo dotó a la esposa; y esto parece a Suetonio casi increíble. Mas ya sabemos que en la aristocracia romana se podía ceder de este modo la propia mujer ¿no hemos contado nosotros mismos que Livia fué dotada y cedida a Augusto como esposa por el abuelo de Claudio, que era su primer marido? La cesión de la mujer con una dote formaba parte de las costumbres matrimoniales, demasiado confusas, a decir verdad, de la aristocracia romana, que fueron perdiéndose a medida que, en los siglos primero y segundo de nuestra era, el prestigio y poderío de

la aristocracia romana disminuían; a medida que las clases medias imponían sus ideas y sus propios sentimientos. El pasaje de Suetonio nos prueba que él no se explicaba ya esta costumbre matrimonial; probablemente tampoco Tácito la comprendía bien, y no es sorprendente que aun a muchos contemporáneos de Claudio les pareciera rara. Así se explica que los historiadores del siglo siguiente, no comprendiendo bien lo ocurrido, creyeran que Mesalina se había casado con Silio siendo esposa todavía de Claudio.

En resumen: Claudio se dejó persuadir para divorciarse de Mesalina y darla por esposa a Silio. Ignoramos los medios empleados para persuadir a Claudio y que consintiera este nuevo matrimonio, porque la alusión de Suetonio a este respecto no es muy clara. De todas formas, este punto es menos importante que este otro: ¿por qué razón Mesalina se divorció de Claudio para casar con Silio? El problema no es fácil; pero tras un largo estudio me he decidido a aceptar, con algunos retoques, la explicación que Humberto Silvaqui da en *El Imperio y las mujeres de los Césares*, trabajo rico en ideas originales y agudas observaciones.

Observa Silvaqui justamente que Silio pertenecía a una familia de la aristocracia, famosa por su devoción al partido de Germánico y de Agripina; hasta el punto de que su padre, que había

sido una de las víctimas de Sciano, acusado en tiempos de Tiberio de lesa majestad, se mató, y Sosia Gala, la madre, fué condenada a destierro como amiga de Agripina. Partiendo de estas consideraciones y examinando con agudeza los relatos de los historiadores antiguos, Silvaqui ha sacado la conclusión que este matrimonio encubrió una conspiración para derribar a Claudio y substituirle con Cayo Silio. Debió comprender Mesalina en ciertos momentos que las cosas no se sostenían ya; que Claudio no era emperador con fuerza bastante para imponer al imperio su desordenado gobierno y el de sus libertos; que estaba todos los días a merced de una conjura o de un atentado. ¿Qué ocurriría si un día fuese Claudio barrido, como Calígula, por una conjura? Ella hubiera sufrido la misma suerte. De aquí el propósito de derribar al emperador para conservar, cerca del sucesor elegido por ella, el poder que había tenido bajo Claudio. Pero, puesto que, muerto Claudio, ningún miembro de la familia de Augusto estaba en edad de gobernar, había de elegirse sucesor en una familia de la aristocracia, y se eligió en una familia famosa por su devoción a Germánico y a la rama más popular de los Julios Claudios, con la esperanza de ganar a las legiones y a los pretorianos. Puesto que la descendencia de Druso se había extinguido, ¿qué otro remedio quedaba sino elegir al sucesor entre las familias de la aristo-

cracia que habían demostrado afecto y devoción a la sangre del ilustre muerto?

En suma, por primera vez se encontró a una mujer a la cabeza de una vasta y verdadera conspiración política para arrebatarse a la familia de Augusto el poder supremo, y esta mujer—otra prueba de que no era tonta—supo tramar tan bien y en tan oportuna ocasión su conjura, que los más inteligentes e influyentes entre los libertos de Claudio dudaron durante mucho tiempo si unirse a ella o decidirse por el emperador, ya que era difícil adivinar quién vencería, si el débil marido o la audaz mujer sin escrúpulos. Estos dejaron, sin abrirle los ojos a Claudio, que Mesalina y Silio buscaran partidarios y amigos y hasta que se entendieran con el prefecto de los vigilantes y celebraran su matrimonio. Claudio hubiera también perecido si, a última hora, no se hubiera decidido Narciso a correr en busca del emperador, que estaba en Ostia, y asustándolo, no lo hubiese persuadido a desarraigar rápidamente la conjura con un golpe. A este descubrimiento siguió una de aquellas matanzas judiciales que desde hacía más de treinta años ensangrentaban a Roma, y Mesalina fué, también ella, envuelta en la matanza.

## III

Después del descubrimiento de la conjura, Claudio arengó a los soldados y les dijo que como los matrimonios le salían muy mal no pensaba volver a casarse. El propósito era indudablemente acertado, pero difícil de cumplir. ¡Eran tantas las razones por las que el emperador necesitaba tener a su lado una mujer! Y bien pronto Claudio pidió parecer a sus libertos sobre la nueva mujer que quería escoger. Las discusiones fueron muchas y enormes las dudas; pero al fin fué elegida, y no al acaso, Agripina. Agripina era sobrina de Claudio, y los matrimonios entre tío y sobrina, si bien no estaban prohibidos, repugnaban al sentimiento público; de modo que para que Claudio y sus libertos se decidieran a vencer esta repugnancia graves habían de ser las razones. La más grave entre éstas fué, sin duda, que tras la prueba de Mesalina, se prefirió no salir de la familia; argumentando que una emperatriz de la familia no se habría dejado arrastrar tan fácilmente a conspirar contra la descendencia de Augusto, como había hecho una extraña, venida de una de aquellas familias de la aristocracia, que tanto odiaban a la familia imperial. Agripina era una hija de Germánico, poderosa recomendación cerca de la plebe, las cohortes pretorianas y las legiones;



había crecido en medio de los asuntos políticos y conocía el gobierno del imperio; y hasta entonces había llevado una vida irreprochable. Parecía, pues, la mujer que se necesitaba para hacer olvidar al pueblo a Mesalina; para reanimar en las multitudes el respeto a la familia de Augusto, casi extinto por tantos escándalos y tantas discordias; para no hacer mal papel al compararla con Livia.

Claudio, no atreviéndose a asumir por sí solo la responsabilidad de contrariar el sentimiento del pueblo, pidió al Senado que autorizase los matrimonios entre tíos y sobrinas, y la hija de Germánico, la hermana de Calígula, se convirtió en emperatriz.

LA MADRE DE NERÓN